

Gracias á esto pudo al dia siguiente, muy temprano, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Monteagudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colon.

CAPITULO LXXXV.

Salvacion de los náufragos.

EN medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un selañado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido à sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla, y aquella victoria habian dado tregua à las contínuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podian inficionar á éstos: su reunion podia ser origen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podia inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomarla revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.

De acuerdo con el adelantado y su hijo Fernando, que eran los dos asesores más íntimos de Colon, dispuso el ilustre marino que los rebeldes, sometidos de nuevo á su autoridad, se estableciesen en una parte de la isla, no muy léjos de la costa, bajo la vigilancia y gobierno de Fuentes, hombre que á su lealtad unia una energía de carácter y una fuerza física capaz de imponer respeto á aquella turba que iba á estar á sus órdenes.

Obedeciendo à sus generosos sentimientos, en vez de condenarles á vivir de los elementos naturales del país que pudieran proporcionarles los indios, los envió parte de las provisiones que tenia á bordo, y les aseguró que muy en breve abandonarían toda aquella costa, porque no era posible que tardasen ya mucho los auxilios que por tantos conductos y con tanta insistencia y razon habia pedido al gobernador de Santo Domingo y á los reyes de España.

Los hermanos Porras, que aunque prisioneros estaban juntos, meditaron sobre su situacion.

—Hemos hecho muy mal, dijo Francisco, en entregarnos de esta manera.

—Más nos hubiera valido morir, exclamó el otro.

—Para nosotros la salvacion que con tanto afan esperan los demas, es la perdicion.

—Cierto: de aquí, si salimos con vida, nos llevarán á España para juzgarnos.

—Y allí los hipócritas, que no faltan; los aduladores, para exaltar más y más al almirante, nos condenarán á una muerte afrentosa.

—La ley así lo manda; nos hemos rebelado contra nuestro jefe.

—Hemos sido unos mentecatos.

—¿Y qué hacer ahora?

—Todo ménos consentir la vergüenza y la muerte que nos aguarda en la Península.

Los dos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

—Francisco, dijo despues de un momento de abstraccion su hermano, puesto que nos aguarda la deshonra, puesto que en esta situacion nada podemos hacer para salvarnos, porque aun cuando apelásemos á la fuga moriríamos, en la miseria ó asesinados por los indios á quienes tanto daño hemos causado, ¿quieres que acabemos con nuestra vida?

—¿Qué proyectas?

—La verdad es que hemos sido unos ingratos. Sujetos en los brazos de la miseria, Dios sabe cuál hubiera sido nuestra suerte en España si el almirante no se hubiera apiadado de nosotros. Cuando se sepa lo que aquí ha ocurrido nos tacharán de desagradecidos, de miserables, de traideres, y en todas partes nos despreciarán. Al ménos que se vea nuestro remordimiento en un acto desesperado: vamos á poner término á nuestros dias.

Francisco era más malo que su hermano, y por consiguiente más cobarde.

—¿Qué dices? ¿Morir? ¿Has perdido ya toda esperanza?

—Toda.

—Y si nos llevan de aquí á Santo Domingo, ¿dudas que aún podremos hallar favor entre los enemigos de Colon?

—Es que yo estoy verdaderamente arrepentido.

—Deja ese sentimentalismo para mejor ocasion. Más cristiano es sufrir que acabar con la vida.

—Pues bien: si tú no quieres, si no tienes valor para redimir tus pecados de ese modo, yo solo moriré.

—No; espera al ménos á que intentemos un último esfuerzo para ver si podemos obtener la libertad y el perdon.

—¡Inútil esperanza!

—¿Quién te lo ha dicho? ¿No podríamos muy bien encender de nuevo la tea de la discordia, impulsar unos pocos á la rebelion, y sofocarla luego nosotros mismos para contraer méritos á los ojos del almirante, que es bueno y generoso, y de seguro nos perdonaria?

—Solo dos dias espero. Si al cabo de ese tiempo nada hemos conseguido para aliviar nuestra situacion, moriré, hermano mio.

--Acepto tu palabra.

Trascurrieron dos dias, y en ellos los récios temporales que azotaron la costa destruyeron las cosechas, dificultando cada vez más á los españoles reunir las provisiones.

Este inesperado contratiempo aumentó su desesperacion.

Habian ya trascurrido cerca de tres meses desde la salida de Fiesco y Diego Mendez, y no teniendo noticia alguna de ellos, estaban seguros de que habian perecido.

Por otra parte, Escobar no volvia.

Un abatimiento profundo se apoderó de todos, y como siempre que llegaban á este extremo, surgió en ellos la idea de abandonar aquellas costas para ir á Santo Domingo, aun cuando fuera en endebles canoas.

Pero aunque el mismo almirante se resolvia á tomar aquella resolucion, los temporales que reinaban era motivo suficiente para aplazar el viaje, porque apenas se lanzasen las canoas al agua, volarian como plumas á impulso de los vendavales.

Más de ocho dias duraron las tormentas.

Al cabo de este tiempo se serenó el mar y se apaciguaron los vientos.

Una noche estaban ya resueltos los hermanos Porras á perecer.

En medio del silencio percibieron todos un ruido que, sorprendiéndolos primero, pareció animarlos despues.

Al mismo tiempo que oyeron el ruido, vieron á lo léjos un resplandor que desapareció.

No habia duda, aquello habia sido un disparo de lombarda, y no podian ser indios, sino españoles los que habian hecho aquella señal.

—Algun buque se acerca para salvarnos, exclamaron todos.

Los suicidas, ante aquella esperanza de vivir, renunciaron á su propósito.

Todos aguardaron con impaciencia á que amaneciese, para ver si descubrian alguna carabela.

En efecto, al rayar el alba vieron en alta mar no uno, sino dos buques; pero tan distantes, que no era fácil descubrir á qué nacion pertenecian.

Los dos parecian navegar, evitando acercarse el uno al otro.

Una inmensa alegría inundó el corazon de los náufragos.

Cayendo de rodillas dieron gracias al Altísimo, y todos se agolparon en el camarote de Colon, en donde, doblando la rodilla, le pidieron perdon por sus culpas, y le ofrecieron sacrificarle todos su vida.

Pero el dia avanzaba, y las embarcaciones, en vez de acercarse á ellos, parecian alejarse.

Hacia un calor abrasador.

Todo indicaba una nueva tormenta.

La tempestad no tardó en estallar, envolviendo á los náufragos en una manga de agua.

El viento habia impelido las dos embarcaciones hácia la costa, y al calmarse la tempestad pudieron descubrir los náufragos á los tripulantes de los dos buques, que eran españoles, y que venian de paz, por la bandera blanca que ostentaban en la proa de sus embarcaciones.

Casi á un mismo tiempo llegaron á bordo de las carabelas

convertidas en asilo de los náufragos tres hombres que, al reconocerse, no pudieron ménos de lanzar una exclamacion de alegría y de estrecharse cordialmente.

Eran Diego Mendez, que habia llegado en un bote, y Sagredo y Fiesco, que habian dejado su buque para aproximarse á ver al almirante.

La escena fué conmovedora.

Al mismo tiempo que se abrazaban en medio de la más profunda emocion de los náufragos, apareció el almirante apoyado en su hermano y en su hijo, y al reconocer á aquellos tres hombres que habian llegado hasta su destierro con las dos carabelas:

— Antes de estrecharlos contra nuestro corazon, dijo á los que le acompañaban, ántes de expresar nuestra gratitud, demos gracias al Altísimo y acatemos los decretos de la Providencia. Ella ha puesto á prueba nuestra virtud, nuestra resignacion, y nos da el premio.

Instantáneamente prorumpieron todos en un cántico al Altísimo, cuya sublime poesia comprenderán nuestros lectores, si consideran lo que habian sufrido aquellos hombres y la inmensa felicidad que la llegada de los buques ofrecia á su alma.

Un jóven, cuyo rostro, á pesar del traje europeo, se descubria fácilmente que pertenecia á la raza india, postrándose de hinojos ante Colon, besó sus manos.

Era su antiguo intérprete el indio de Guanahani, que aunque vivia en España, al saber los peligros que corria el almirante, abandonó sus goces para entrar á bordo del buque que mandaba Diego Mendez y correr á auxiliarle.

Vamos á ver como, habiendo salido Sagredo y Fiesco de Santo Domingo mucho ántes que Diego Mendez de la bahía de Cádiz, habian llegado al mismo tiempo á salvar á Colon.

CAPITULO LXXXVI.

Donde hablando de Sagredo, puede el lector saber algo de Ojeda.



Las tempestades que combatieron la embarcacion de Sagredo, la arrojaron, como dijimos, á una costa desconocida para él.

Era la costa de Coquibacoa, en donde á la sazón habia una colonia española gobernada por Alonso de Ojeda.

No esperaban Sagredo ni Fiesco tener un encuentro.

En el puerto vieron ancladas algunas carabelas y ánte de calar recibieron la visita de unas lanchas, en las que los emisarios de Ojeda acudieron á enterarse de quiénes eran los que iban á bordo de aquella embarcacion.

Alonso de Ojeda, protegido siempre por Fonseca, despues de su desgraciado viaje por la costa de Pària, en consideracion á sus pasados servicios obtuvo la donacion de seis leguas de terreno en la parte del Sur de la Española, y el gobierno de la provincia de Coquibacoa, que habia descubierto en su primer viaje.

Los reyes le habian autorizado para fletar á sus expensas cierto número de embarcaciones con objeto de continuar el descubrimiento de Costa-Firme, sin tocar ni traficar en las costas de Pària.

Le estaba, sin embargo, permitido negociar en toda clase de mercancías con tal de pagar una quinta parte de su valor á la corona, y respetar la libertad individual de los indios.

Esta determinacion generosa habia sido inspirada á los reyes por la noticia que habian tenido de que los ingleses habian recorrido aquella parte del Océano, deseosos de hacer conquista, como los españoles.

Asocióse Ojeda con Juan de Vergara, mayordomo de un rico canónigo de la catedral de Sevilla, y con García Ocampo.

Entre los tres armaron cuatro bajeles y llegaron á un paraje de la costa, llamada Cumaná, al que dió Ojeda el nombre de Valfermoso por su espléndida belleza.

Allí, tendiendo una emboscada á los naturales del país, se apoderaron de una gran parte de sus muebles y utensilios, para no carecer de las comodidades que ofrecian en la colonia que iban á fundar.

Secuestraron asimismo á muchos indios para pedir rescate por ellos, y gracias á esto reunieron una buena cantidad de oro.

Careciendo de víveres, envió Ojeda dos de sus cuatro carabelas á la costa de la Jamáica para adquirirlos.

Un temporal destruyó una de las dos embarcaciones, y su casco fué el que los náufragos vieron llegar como una esperanza perdida á las playas más próximas á su refugio.

En la otra llegó Juan de Vergara á su destino, pero á muchas leguas de distancia de donde estaban los españoles.

Ojeda llegó á Coquibacoa, y le pareció el país tan estéril y tan miserable, que continuó costeándole hasta la bahía de Santa Cruz.

En ella encontró á un español, que otro de los viajeros de aquel tiempo, Rodrigo de Bastides, de quien ya hemos hecho mencion, habia dejado en aquel país hacia tres meses, tiempo en el cual habia aprendido el idioma de los indios, conocia á fondo sus costumbres y sus recursos, y al comunicar sus conocimientos á Ojeda, le incitó á establecerse allí.

Desde el primer momento los naturales trataron de oponerse á la dominacion de los españoles, y sin el arrojo de Ojeda, que en varias ocasiones salió á su encuentro y los dispersó, lo hubieran pasado mal los colonos.

Con su energía infundó terror á los indígenas, y éstos viendo que no podian luchar con él, pidieron su amistad, comprometiéndose á pagarle un tributo.

En prenda de paz, le entregaron una gran cantidad de oro.

Este precioso metal fué, como siempre, la tea de la discordia que separó á aquellos amigos unidos hasta entónces por los lazos del interes.

Los dos socios de Ojeda estaban indignados contra él porque, habiendo decidido guardar todo el oro que recogiesen en una gran arca de hierro, conservaba la llave y queria someter á la más estricta disciplina á sus mismos iguales.

El deseo de librarse de aquella tutela les incitó á conspirar contra su jefe, y ya habian resuelto rebelarse contra él, apoderarse de su persona, cargarle de cadenas y conducirle á España prisionero, para que respondiese allí de los cargos que fulminaban sus enemigos de haber abusado de sus atribuciones, cuando la tempestad arrojó á aquel campo de discordia la carabela de Sagredo y de Fiesco.

La llegada de este buque paralizó la marcha de la conjuracion.

Sagredo tenia noticia de lo indignamente que se habia portado Ojeda con el almirante, y sabia á punto fijo que estaba más al lado de los adversarios que de los amigos de Colon.

Se presentó á él como un enviado misterioso del obispo Fonseca para informarse de la situacion en que estaba Colon.

Ojeda, en vista de esto, le recibió con la mayor cordialidad, y dispuso que sus calafates reparasen las averias que habia sufrido el buque.

Era la peor estacion para cruzar las aguas del Océano, y como el buque de Sagredo llevaba víveres abundantes, y participaron de ellos los colonos, se pasaron alegremente quince ó veinte dias, durante los cuales era de todo punto imposible darse á la vela sin correr grave riesgo.

Este contratiempo tenia angustiado á Sagredo y á Fiesco. La conspiracion urdida contra Ojeda estalló.

Sorprendido por los insurrectos, fué amarrado codo con codo y le llevaron á bordo de una de las carabelas.

Sus dos consocios acordaron entónces abandonar la colonia y regresar á España.

Como no contaban más que con tres embarcaciones, obligaron á Sagredo y á Fiesco á que formasen parte de aquella expedicion, toda vez que, segun habian asegurado, su rumbo era tambien hácia la Península.

Negáronse á formar parte de la escuadra; pero les obligaron á ello, y no tuvieron más remedio que seguirlos, por más que proyectaran aprovechar la primera ocasion de abandonarlos.

Dejaron la colonia á principios de Setiembre, llegaron á la parte occidental de la isla Española, y allí se detuvieron en una bahía para abastecerse de agua.

Ojeda, que era gran nadador, confiando en sus fuerzas y agilidad, á pesar de que tenia grilletes en los piés, aprovechando la oscuridad de la noche se arrojó al agua con el objeto de llegar á la orilla y refugiarse en ella.

Pero el peso de las cadenas tenia más fuerza que el del impulso que lograba dar á su cuerpo con las manos, y estando á punto de sumergirse, pidió auxilio.

Medio ahogado le subieron de nuevo á bordo, y al dia siguiente lo entregaron al comandante de aquella parte de la isla.

Sus dos socios partieron con rumbo para España, animados por el deseo de denunciarle allí y de utilizar en beneficio propio todas sus riquezas.

Aprovechando Sagredo la circunstancia de estar á bordo de otro de los buques su piloto, procuró irse alejando poco á poco de las carabelas, y á favor de la oscuridad de la noche, con el auxilio de Fiesco, los perdió por completo de vista.

Pero aunque ya estaban en libertad, era difícil que llegasen al punto en donde se hallaba Colon.

Entregados á la ventura, permanecieron más de veinte dias sin encontrar el derrotero que debia conducirlos adonde su presencia era tan necesaria.

Este fué el motivo por el cual, habiendo salido mucho ántes la carabela de Sagredo, llegó al mismo tiempo que la de Mendez á la costa de la Jamáica.

CAPITULO LXXXVII.

Un momento de tregua.

DESPUES de la natural expansion de alegría entre los que se veían próximos á abandonar aquel sepulcro, y los que habian ido á buscarlos, comprendiendo Colon que era necesario organizarlo todo para partir cuanto antes, al mismo tiempo que envió á buscar á los rebeldes que vagaban por la isla bajo la influencia de Fuentes, convocó en su camarote á sus amigos para acordar con ellos lo que debian hacer.

Halláronse, pues, juntos Bartolomé y Fernando, Sagredo y Fiesco, Diego Mendez y alguno que otro más de los que habian sido leales al almirante.

—Dios ha escuchado mi plegaria, dijo Colon. Se ha apiadado de nuestras desventuras, y ha enviado á tiempo todavía la salvacion que deseábamos. ¡Bendita sea su inmensa bondad! ¡Bien hayan los padecimientos que hemos sufrido! Ellos nos habrán purificado de nuestras culpas, y nos hace más grata, más dulce, más fecunda la ventura que hemos alcanzado!

A esta expresion de los cristianos sentimientos del almirante, siguió un animado diálogo, en el que respondieron los amigos de Colon que acababan de llegar á las preguntas que éste, su hermano y su hijo les dirigieron.

Diego Mendez se guardó muy bien de acibarar la alegría

de Colon con la reseña de las desgracias que habian acaecido á su familia.

A las preguntas que le hizo el almirante contestó con evasivas, y solo le dijo los motivos que habian obligado á don Diego á permanecer en Sevilla y la proteccion que debia á don Fernando de Toledo, sin la cual no hubiera podido fletar el buque que tan á tiempo habia llegado.

Sagredo y Fiesco refirieron asimismo al almirante las peripecias de su viaje, y llegaron por fin á discutir los acuerdos que debian tomar.

—Yo quiero ir á Santo Domingo ántes de regresar á España, dijo Colon.

—Haces muy mal, exclamó Bartolomé. Yo en tu lugar, saldria directamente para España, hallaria á los reyes de nuestro último descubrimiento, les demostraria con las riquezas que podemos presentarles cuán justa, cuán merecida es la proteccion que en todo tiempo les has pedido, y no dudes que, halagados por el triunfo y con las pruebas de la infamia de tus enemigos, lograrás más que yendo á esa colonia en donde los beneficios que has sembrado se han vuelto para tí desengaños terribles.

De esta opinion participaron los circunstantes.

Pero Colon:

—Si yo escuchara solo á la voz de mi conveniencia, añadió, seguiria vuestro consejo; pero yo me debo á mis hijos y á mi gloria. En Santo Domingo está la mayor parte de mis bienes, injustamente secuestrados por el gobernador actual, que es uno de mis mayores enemigos. Yo necesito ser repuesto en el cargo que me han usurpado, recibir una satisfaccion allí donde se me ha interido una ofensa, y quiero ir á España á pedir ese acto de justicia de los reyes.

—Yo os acompañaré, dijo Mendez.

—No debeis, porque Ovando os quiere mal.

—¿Y qué me importa? Amparado por vos no le temo, y mi presencia al lado vuestro puede ser útil para destruir los malévolos planes que concibe ese infame.

—Si tal es vuestro empeño, mi noble y leal servidor, yo acepto vuestro sacrificio. Mañana mismo, en cuanto amanezca, se procederá al embarque de los víveres y de la gente, y nos despediremos de estas costas hospitalarias, en donde tanto hemos debido á sus bondadosos moradores.

Como todos estaban impacientes por saber la resolución del almirante, mandó éste á su hijo Fernando que los reuniese y se la comunicase.

La alegría de los que debían ir á España no tuvo límites.

Muchos de los rebeldes se entristecieron, porque en vez de volver á la madre patria, tenían que ir á Santo Domingo.

Solo los dos hermanos Porras celebraron que los llevasen á la colonia, porque estaban seguros de que en ella hallarían la protección de Ovando.

No tardaron los indios en saber que iban á alejarse para siempre de su lado aquellos hombres á quienes se habían acostumbrado á ver continuamente, y á quienes estimaban, á pesar de los muchos daños que les habían causado.

A la mañana siguiente amaneció la playa llena de indígenas, que corrían presurosos á ver las nuevas embarcaciones y á dar el último adiós á los pobres náufragos.

El almirante, á pesar de sus achaques, apoyado en los brazos de su hijo y de Diego Mendez, llegó hasta la playa, y allí, por medio de Diego el intérprete, manifestó á los indios la gratitud que llevaba en su corazón.

Sus sentidas palabras conmovieron á aquellos infelices, que no habían olvidado su influencia en el cielo, que le consideraban como un semidios después del suceso del eclipse.

Hizo nuevos regalos á la mayor parte de ellos, aceptó sus últimas ofrendas, y todos, deseando ayudar á los españoles, se encargaron de conducir á sus canoas hasta los buques las provisiones y los objetos que los náufragos desearon trasportar desde sus muertas carabelas hasta las que debían sacarlos de aquel sepulcro en que habían vivido tanto tiempo.

Las primeras horas de la mañana fueron empleadas en estas faenas, y cuando los buques estuvieron cargados y dispuestos á darse á al vela, se despidió Colon con lágrimas en los ojos, de Sagredo, de Fiesco y de los demás españoles que debían acompañarle, y fué en un bote hasta el buque de Diego Mendez para tomar inmediatamente el rumbo de Santo Domingo.

Las carabelas llegaron á la parte oriental de la Jamaica, y la de Diego Mendez, virando hacia el Norte, tomó el derrotero de la isla Española.

Colon sabia por Diego Mendez que Miguel Diaz era adicto á su persona, y procuró desembarcar cerca de Hayna, para que Ovando tuviera tiempo de saber su llegada y de variar de plan al ver que sus intrigas habían sido infructuosas.

Aunque sabia que era su más encarnizado enemigo, se proponía olvidar sus infamias y confundirlo con sus bondades.

No era en Santo Domingo donde Colon debía hallar el consuelo que necesitaban sus padecimientos.

Después de un año de continuo martirio, al ver realizarse sus esperanzas, debía luchar de nuevo contra la injusticia y contra la perversidad de sus enemigos.